



LA COMUNICACIÓN Y SU "ESPECIFICIDAD" EN CONTRA DE LA HETERONOMÍA: RIESGOS PARA UN DESARROLLO DE LA INTERDISCIPLINARIEDAD

GT9: Teoría y Metodología de la Investigación en Comunicación

Dr. Gerardo Albistur

Universidad de la República. Facultad de Información y Comunicación

Instituto de Comunicación. Montevideo, Uruguay.

gerardo.albistur@comunicacion.edu.uy

Resumen

El artículo plantea una discusión teórica y académica. Se presenta a la comunicación como un objeto de estudio heterónomo, determinado por la misma laxitud de sus definiciones. El reconocimiento de la heteronomía comunicación, cuya independencia respecto de componentes como la política, la economía o la ética no está determinada, justifica la intervención interdisciplinaria propia de la investigación del fenómeno. Puesto interdisciplinariedad implica la presencia de disciplinas fuertes, estas están constituidas por aquellas que han definido y diferenciado sus objetos de estudio, lo que no ocurre con la comunicación. En contrapartida, se objeta la existencia de una especificidad de la comunicación que se observa la aproximación al saber procedimental, se señalan los riesgos de esta opción tanto para la investigación como para la formación en el área, y se pone tensión institucionalización la de la investigación frente en la interdisciplinariedad como modelo claramente ubicado en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades.





1.

Los límites de la comunicación como objeto de estudio están en discusión. Sin embargo esta discusión no llega a la determinación de esos límites como delimitación independiente del objeto, como autonomía. Por el contrario, la literatura coincide en observar al fenómeno comunicacional en un espacio amplio de las relaciones sociales, mediadas por el lenguaje y las técnicas. La discusión sobre el objeto no es privativa del campo de la comunicación, puesto que las ciencias sociales y las humanidades redefinen permanentemente los suyos, comparten o disputan territorios, adoptan modelos provenientes de disciplinas aunque sin perder en el camino propias afines, su identidades a menudo cuestionadas pero, por el momento, intactas.

Cuando, en el ámbito de la Ciencia Política, Giovanni Sartori indagó sobre la idea de política, esto es, sobre su definición, planteó un recorrido histórico de diferenciación de ese objeto en relación con otros "componentes humanos" como la moral, la economía o la religión. Partiendo de la noción aristotélica de política, discutió las interpretaciones de los autores medievales, se detuvo en la autonomía que el objeto alcanza con Maquiavelo, subrayó las aportaciones de los economistas liberales del siglo XIX, hasta los nuevos problemas para definirla que ha planteado la democratización de las sociedades en el siglo XX (Sartori, 2011, p. 55-73). Del ejemplo se desprende que el proceso de consolidación de las ciencias sociales, así como los debates académicos sobre el rumbo que las disciplinas adoptan y las orientaciones metodológicas más pertinentes para su avance y utilidad social, se desprenden de la elaboración ideal de cada objeto de estudio.





Al igual que lo que sucede con la política, la preocupación por los fenómenos comunicacionales puede encontrarse en autores de todas las épocas. La crítica de Platón a la democracia antigua adquiere también la condena a la retórica como vínculo privilegiado del orador con la muchedumbre en desmedro de la filosofía, interés que retorna en la modernidad con el desarrollo de la prensa, y se mantiene con la expansión de tecnologías que han puesto a la comunicación en el centro de las reflexiones.

Sin embargo una aproximación similar a la que desarrolla Sartori respecto de la política parece imposible en el caso de la comunicación. Intentar narrar la evolución de la idea de comunicación como un proceso de diferenciación del objeto, por problemático que se presente, difícilmente se encuentre con momentos históricos en los cuales la autonomía pueda observarse. Ni siquiera en la actualidad, cuando "la representación del hombre como un ser totalmente dedicado a la comunicación [...] se volvió ampliamente dominante" (Breton, 2000, p. 7), y todo indica que nos encontramos frente a un triunfo de la comunicación determinado por el incremento, en intensidad y complejidad, del fenómeno.

Esto es así en la medida que entendemos a la comunicación como un vínculo, un contacto, un intercambio simbólico que produce cercanía -o decididamente el alejamiento, el riesgo de ruptura y menor separación -, y no como un comportamiento específico y, por lo tanto, explicable en sí mismo de acuerdo con sus propias reglas. Indisolublemente, la comunicación se liga a lo social, a la cultura, a la economía, a la política, y se consagra en el interior y en la realización precisa de estos componentes como Un estudio "en relaciones sociales. culturales, políticas, económicas. comunicación" se centrará en el examen de los intercambios con ajuste a cualquiera de los componentes, incluidos también la moral, la ética, el derecho,





la religión. Y en consecuencia, la interdisciplinariedad que caracteriza el estudio de la comunicación no es simplemente una preferencia teórica y metodológica entre otras, sino el modelo natural para la investigación de un fenómeno cuya relevancia no debe confundirse con autonomía conceptual.

2.

Esta falta de independencia de la comunicación como objeto de estudio, no implica que las definiciones y clasificaciones estén completamente ausentes. Pero las definiciones que se ensayan, y que no se diferencian de forma sustantiva, son siempre definiciones laxas, sin límites claros, apropiadas al fenómeno que intentan determinar: "Nuestro concepto de comunicación [...] parecería implicar una acción sobre el pensamiento de las personas [...]: Es el hombre que actúa sobre (las representaciones del) hombre pormedio de los signos" (Ídem., p. 13). El uso del condicional no deja de extrañar, aunque inmediatamente pueda reconocérselo como el implícito reconocimiento de lo problemático que resulta definir a un objeto tan ubicuo y heterónomo como la comunicación.

Un aspecto fundamental de toda definición está en las distinciones que comete. De este modo, por ejemplo, distinguir entre comunicación e información podría contribuir a aclarar el panorama. Daniel Bougnoux ubica a la comunicación en ese lugar de la relación, el vínculo, el encuentro, y a la información en el plano del flujo de datos como contenidos (Bougnoux, 1999, p. 79-97), distribución de propiedades extensamente popularizada que no alcanza a establecer una completa diferenciación. También para el autor información y comunicación siguen entrecruzándose permanentemente, superponiéndose, confundiéndose en

¹ El subrayado es del autor.





muchos casos, algo que resulta, en última instancia, inevitable, puesto que ninguna teoría ha logrado –o más exactamente, ni siquiera se ha propuesto establecer– una delimitación clara quizás porque la misma experiencia lo impide.

Si pasamos al terreno de las clasificaciones la situación tampoco es más confortable. Sin ir más lejos, la clasificación de comunicación que aporta Dominique Wolton (2007) cuando distingue entre comunicación funcional y comunicación normativa, constituye un aporte valioso en el sentido de las definiciones, pero el cuadro no se presenta por ello menos indeterminado. Tanto es así que a la distinción sobreviene inmediatamente la verificación en realidad de dos dimensiones de la comunicación, una normativa y otra funcional, o sea, dos dimensiones de una sola cosa. Después de todo comunicación normativa y comunicación funcional se articulan de tal forma, que la segunda parece tecnificarse siempre para perseguir los objetivos de la primera (el entendimiento y, si sobreviene exitosamente, la mutua comprensión y el acercamiento), cuando en realidad su funcionalidad es la manifestación de un objetivo utilitario, puramente material, un interés personal descarnadamente egoísta que descarta definitivamente aquella "utopía de la comunicación", siguiendo a Philippe Breton (2000), que tanto se parece a la comunicación normativa de Wolton.

La comunicación para Wolton en cualquiera de sus dimensiones no se desprende del ámbito de lo político, e incluso del comportamiento económico, si la comunicación normativa privilegia un "deber ser" de la comunicación y la funcional a los intereses materiales de los particulares, de la misma forma que para Bougnoux la comunicación es esencialmente una actividad del hombre político y social.





Las definiciones de comunicación que nos proporciona la bibliografía definen en relación, delimitan e inmediatamente borran las fronteras, incluso sus propias fronteras clasificatorias.

3.

Esta heteronomía de la comunicación, fecunda y pertinente en relación a la complejidad creciente de los fenómenos que la comprenden, en ocasiones se esquiva cuando la pretensión pasa por una especificidad, especialmente adecuada para la construcción institucional diferenciada, que no tiene, ni puede tener, su correlato en la diferenciación teórica del objeto.

En la actividad cotidiana de los investigadores y estudiosos de la comunicación, es frecuente encontrarse con puntos de vista que, formal o informalmente, sostienen de manera axiomática la existencia de una "especificidad de la comunicación". Sin embargo, lo específico de un cuerpo teórico es siempre la definición de su objeto, y respecto a la comunicación la indefinición, en su sentido lato, resulta una característica tan reconocida explícitamente como abiertamente admitida.

A partir de esta premisa, ha quedado de manifiesto que no es la necesidad de una definición autónoma lo que se requiere, sino llamar la atención sobre el grado de fragmentación y de reducción del horizonte investigativo y formativo que esta dificultad representa cuando se la opone a una "especificidad". En otras palabras, una distinción acabada, categórica y ampliamente aceptada de comunicación no es el objetivo de los investigadores que reconocen la necesaria interdisciplinariedad para su estudio, pero precisamente es esta ausencia la que implica riesgos mayores para la rigurosidad teórica y metodológica cuando se la soslaya en el mejor de los casos, y en el peor, cuando





sigilosamente se la combate con la referencia a una "especificidad" que nunca se demuestra.

Puesto que la comunicación es hoy un fenómeno que atrae la atención de numerosos investigadores, han prosperado a la par los ámbitos institucionales apropiados atender esta creciente demanda. para а Aquella "[…] institucionalización precaria de la investigación en comunicación" que Guillermo Orozco reconocía a fines de los años noventa ha encontrado sus espacios institucionales en las universidades del continente. Pero sus dudas sobre la gestación de escuelas de pensamiento no deben ser. pese la institucionalización, descartadas. institucionalización porque la no necesariamente conduce a la fortaleza teórica y al rigor metodológico de la investigación. Sin duda puede hacerlo, lo hará pero desde interdisciplinariedad que, vale recordarlo, requiere disciplinas constituidas cuando se define un objeto de estudio suficientemente diferenciado de otros, lo que no sucede con la comunicación. Ocurre hoy, no solo en Europa, una "autonomía" de la comunicación que no es tal, sino como la observaba Bougnoux, "más institucional que teorética" (Bougnoux, 1999, p. 15), situación que plantea nuevos problemas.

En síntesis, los teóricos de la comunicación no reconocen esta condición heterónoma de la comunicación como una dificultad sino como lo propio de la comunicación y, en consecuencia, como el estado sobre el que se funda la aproximación interdisciplinaria que nadie, seria o abiertamente discute, pero que a menudo se pone en entredicho cuando se apela a una "especificidad" frecuentemente orientada al desempeño profesional que, en los resultados formativos, poco se apoya, por sus propias características, en la construcción de una perspectiva científica.





4.

Como resultado de lo expuesto, la referencia a una especificidad de la comunicación entra en contradicción con la heteronomía del objeto. Y un objeto de estudio no autónomo, un objeto que está, por decirlo de alguna manera, inserto en fenómenos de otra naturaleza, requiere investigarse desde una perspectiva interdisciplinaria, si hemos afirmado que la comunicación no ocurre como fenómeno en sí mismo, sino en la política, en la economía, en las relaciones sociales y culturales de los individuos. ¿Qué otra cosa es un código de ética periodística, sino el reconocimiento de una subordinación, en este caso, de la comunicación frente a la ética?

"Para hacer una aproximación rigurosa a los estudios de comunicación hemos de empezar por reconocer la influencia de las ideas fundamentales del pensamiento social y filosófico de los siglos XIX y XX", asegura Miquel de Moragas, que inmediatamente subraya: "cuando los estudios de comunicación se apartan o desconsideran estas bases fundamentales (especialmente en las tareas formativas) generan su propia degradación" (De Moragas, 2011, p. 18).

Si coincidimos en que la comunicación es un objeto de estudio heterónomo respecto a otros componentes, una referencia a la "especificidad" puede conducir por dos caminos divergentes, pero igualmente frágiles. Primero, a la pretensión de construir una disciplina específica, algo discutible si no posee un objeto de estudio cuya definición lo distingue particularmente. O segundo, a la legitimación de la comunicación como un asunto meramente práctico, propósito





que se aleja considerablemente de una cientificidad. Una práctica adecuada consiste en la serie de procedimientos, más o menos ensayados, frecuentemente extraídos de la experiencia profesional, que representan un saber técnico que "funciona" en la medida que permite alcanzar un objetivo. Por más acertado que pueda ser el procedimiento, por más útil que resulte para la formación de profesionales integrados a las cadenas productivas, a la comunicación política o comercial, al mundo de las empresas o a la burocracia estatal, nada tiene que ver con la investigación aplicada, cuyo éxito no radica en la determinación de procedimientos para alcanzar una meta, sino en la aplicabilidad para prever y anticipar los fenómenos como teoría explicativa que busca regularidades.

Sabemos perfectamente bien que "en las ciencias sociales, como en todas las ciencias, cabe investigación teórica e investigación aplicada, pero [...] la segunda sin la primera no es ciencia ni contribuye a la acumulación de conocimiento o al progreso intelectual, material o moral de los seres humanos" (Colomer, 2006, p. 42). De este modo, pensar la comunicación como una acción humana cuya realización obedece a la consecución de ciertos procedimientos técnicamente accesibles, aleja a las ciencias sociales, se aparta de la teoría, descarta la interdisciplinariedad porque descarta el método científico y compromete seriamente la producción de conocimiento. Ni siguiera aborda críticamente una determinada concepción de comunicación, opuesta a otra, que "[...] buscar, detrás de la diversidad de permita, siguiendo a Lucien Sfez, abordajes, estructuras de pensamiento bien diferenciadas" (Sfez, 1992, p. 59), porque no estamos aquí en el plano de las definiciones, las clasificaciones y la elaboración de una teoría que, volviendo a De Moragas, esté en condiciones de "[...] establecer las relaciones pertinentes entre los estudios de comunicación y ciencias sociales y las humanidades, pero no sustituirlas" (De Moragas, 2011, p. 21).





Volvamos finalmente a la institucionalización. Suficientemente alcanzada, suele ser el espacio para la defensa de una especificidad que se presenta como autonomía, en cualquiera de sus versiones. Cuando la institucionalización de los estudios en comunicación era precaria o inexistente, investigadores de todas las disciplinas se acercaban a la novedad que les proporcionaba ese objeto indeterminado que no obstante, actualizaba las viejas preguntas que la filosofía, las humanidades y las ciencias sociales intentan permanentemente responder. Cuando la institucionalización se consolida, se estrecha el campo de estudio y el riesgo de tornarlo estéril encuentra su oportunidad. Paradójica circunstancia que de ser así, requiere al menos un poco más de atención.





REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bougnoux, D. (1999). *Introducción a las ciencias de la comunicación.*Buenos Aires: Nueva Visión.
- Breton, P. (2000). La utopía de la comunicación. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Colomer, J. (2006). "La ciencia política va hacia delante (por meandros tortuosos). Un comentario a Giovanni Sartori" en *Revista Española de Ciencia Política*, (14).
- De Moragas, M. (2011). Interpretar la comunicación. Estudios sobre medios en América y Europa. Barcelona: Gedisa.
- Orozco, G. (1997). La investigación de la comunicación dentro y fuera de América

 Latina. Tendencias, perspectivas y desafíos del estudio de los medios.

 Universidad Nacional de La Plata. Ediciones de Periodismo y

 Comunicación.
- Sartori, G. (2011). Logica, metodo e linguaggio nelle scienze sociali. Bologna: Mulino.
- Sfez, L. (1992). Crítica de la comunicación. Buenos Aires: Amorrortu.
- Wolton, D. (2007). Pensar la comunicación. Buenos Aires: Prometeo.